EL CAZADOR

por Manolo Marinero
autor de «JUNTOS DESDE LA MUERTE» y «LENTA SERA LA VENGANZA»

Nota del webmaster: ***sé que algunos lectores, después de terminar de leer este cuento (si es que lo terminan), se preguntarán en qué estaría pensando cuando decidí subirlo al sitio. Pues bien, estaba pensando lo mismo que en las ocasiones que subí los relatos de Jesús María Zuloaga en la SELECCION TERCERA («VOCES EN LAS CAÑERIAS», «SESION DE DIALISIS» y «EL ASESINATO DE LOS DORILIDOS»). Personalmente, no disfruté para nada leyendo estos cuentos (menos aún, la tarea de tipearleos). No es el estilo de historia que me gusta (lease un asesino encapuchado descuartizando torsos). Pero leer los cuentos de Marinero o Zuloaga a los catorce años y leerlos a los veintiocho, son dos cosas muy distintas. La madurez hace que podamos percibir con otra sensibilidad el material que leemos o escuchamos. Y como entendí que estas historias son excepcionales en su trama y en su narrativa (por más que no me gusten), decidí incluirlas. Espero que a algunos de los lectores les agrade tanto ésta como los otros dos cuentos de Marinero («JUNTOS DESDE LA MUERTE» y «LENTA SERA LA VENGANZA») que aparecen en la SELECCION CUARTA.***

Pre: ***Jana era animosa, pero su rostro palideció y sus rodillas temblaron cuando vio la figura horripilante que la observaba con ojos parados, cargados de una extraña intensidad sensible en la distancia.***

Durante tres décadas, entre 1618 y1648, la espantosa Guerra de los Treinta Años no sólo cobró la vida de las dos terceras partes de la población de Bohemia, el Alto Palatinado, Baviera, Maguncia, Baden, Wurtemberg, Tréveris, el Palatinado del Rhin y Alsacia. Destruyó además, burgos y haciendas, y asoló las tierras laborables, mermando o arruinando los recursos de los supervivientes. Y legó a todos estos territorios una innumerable hueste errante de mutilados, desertores, enfermos contagiosos, mendigos, forajidos, salteadores de caminos, mercenarios envejecidos y peregrinos sin más meta que la subsistencia. En gran parte procedían de lejanas naciones que habían participado con sus ejércitos en la conflagración. Otros mucho s huían de las plazas y parajes donde habían sufrido o contemplado (o intervenido en) los horrores de la guerra. Eran fugitivos de sus temibles recuerdos. Y otros temían que aquella contienda fuera en verdad interminable, y sospechaban que la última tregua, la paz de Westfalia, no sería más duradera que las anteriores. Por esta razón escapaban de los dominios de sus señores, hurtando la posibilidad de ser reclutados por primera o enésima vez.

*****

A una legua de la villa de Susice, al oriente, y a media legua de la aldea de Vrátky, al poniente, en lo más frondoso de la Selva de Bohemia, el mesón de Jiri Pleschner servía de parada y de cobijo a viajeros y caminantes. La planta alta contaba con seis alcobas, y en la baja una acogedora chimenea, largos bancos, redondos escabeles, rubia cerveza y gallinero anejo estaban a disposición de la clientela. Las caballerizas eran las más limpias y holgadas de la comarca, luego de las del conde Ottakar Deggendorf. Jana tenía buena mano en la cocina, los gruesos muros servían de baluarte contra la humedad y el frío, y Jiri, versado en Veterinaria, sabía además herrar y desherrar a las caballerías. En vida del buen conde Ettvald la posada del padre de Jiri estuvo repleta de parroquianos y huéspedes a todas horas del día y de la noche. El camino entre Susice y Kdyne fue una ruta muy transitada por comerciantes. Pasaban damas y burgueses de Brunn y de Viena hacia Mariembad y Carlsbad. Paraban en el mesón los carreros del hierro de las minas de Amberg, en vía de la fortaleza de Tábor o las forjas de Budwis. Pero el hijo de Ettvald, el conde Ottakar, había provisto de almas y de armas a las causas luterana y romana alternativamente. Vendió a buen precio a dos generaciones de hombres de aquellos lugares, reclutados por leva en su juventud, a los ávidos capitanes de Grabor Bethlen, del general Thrun, del emperador Fernando, del elector palatino Friedrich, de Wallenstein, de Bernhard von Weimar, del landgrave de Alsacia y del vizconde del Turena, según se inclinara hacia uno u otro bando la suerte de la larga campaña. Si los súbditos de Ottakar se encontraban por mayoría en la miseria, él dobló durante la guerra su fortuna. Ejercía la autoridad con fiereza; no podía señalarse ningún pueblo del condado en el que o hubiera sido ejecutado alguno de sus habitantes. Fuera de los bienmandados del conde, quienes practicaron la rapiña en el desorden fueron desmembrados o ahorcados.

Todos los principales militares vivos que habían combatido entre el 18 y el 48 del Báltico a los Alpes, del Limburgo a los Sudetes y a las colinas de Moravia, aborrecían al traicionero conde Ottakar Deggendorf. No pocos políticos, pese a sus prácticas de sesgos y sus teorías de las relatividades, le guardaban profundo rencor. Pero el conde gozaba de impunidad, por haberse aliado a tiempo, según hábito, a los vencedores. Y

pasaba el ocio cazando en solitario y honrando su escudo, un halcón en vuelo rasante sobre campo de gules.

* * *

A la sombra del hayedo, el niño miró satisfecho su cesta cargada de estas. Decidió suspender la búsqueda. Llegaría a Vrátky para la hora de comer.

Descendió la empinada cuesta, esquivando arañarse con los matorrales. Entonces vio abajo, en un claro de ramas, al horrible desconocido en el camino. Reculó y se ocultó tendido entre la maleza. Había estado a punto de toparse con él. De perfil, y luego de espaldas, aquel espantoso merodeador le seguí infundiendo un pánico cerval. Gruesas gotas de sudor se agolparon en la frente del niño escondido.

Mientras, a un cuarto de legua, Jana depositó dos picheles de cerveza, rebosantes de giste, en la esquina de la mesa. Su hermosa cabellera de un dorado pálido se ocultaba en un moño. La inocencia de sus ojos verdegay desmentía once largos años de tratos con bebedores y de duro trabajo. Un blusón sucio cubría sus pechos redondos y separados y caía sobre las anchas caderas. Su piel brillaba por el sofoco de su continuo trajinar.

—¡Diablos con Jiri! —se quejó el cliente grueso, el traficante de simientes—. ¡Ya podría haber elegido mejor día para ausentarse!

—Por fin nuestros ahorros alcanzan para una lechera —le explicó Jana— Y no hay mercada todos los días en Susice.

—Pero el mercado es mañana —rezongó el comerciante.

—Jiri hará noche en Susice. Hoy vende la leña a las cocinas del conde y en casa del burgomaestre, y mañana comparará la vaca —añadió Jana.

—Entonces le veré mañana en la trata. Pero mi mula tiene el lomo entero sarpullido de ronchas coloradas. No aguanta el peso de mi panza y yo estoy harto de moverme a pie.

Jana asintió con una sonrisa cortés antes de encaminarse de nuevo a la cocina.

—Suerte tiene el canalla —meditó el cliente flaco en voz alta y arrastrada— Jana es la mujer más bonita del condado.

—Sigue con su cara de niña y desde luego aventaja a la condesa, por más que a ésta la ayuden los cuidados y la coquetería. ¡Deggendorf no me oiga!

—Te colgaría por la gorja de un garfio a un merlón, como hizo con los dos silesios.

—Merecido lo tuvieron esos —resopló el gordo—. No hemos disfrutado desgracias bastantes, para que unos extranjeros vengan a asaltarnos nuestras mujeres, cuando están de lavanderas.

—Bien dicho. Debieron sujetarse las calores y esperar hasta llegar a Silesia —aprobó el flaco, aguador del manantial de la montaña.

—La5rgo trecho ese. Por otro lado —se contradijo el comerciante de simientes, para asegurara la prolongación de la gustosa charla— los pobres no intentaron forzar a nadie. Sólo querían hacerse con algo de ropa limpia.

—¡Bah! Conozco a esos mercenarios. Hay que calcular de ellos siempre lo peor. —opinó contrariado el flaco, antes de sorber el borde espumante de su pichel.

—Infelices; son tan desgraciados o más que nosotros, la gente de paz.

—Por mí que hubiera muerto toda la soldadesca en liza —sentenció el aguador—. Sólo merecéis miramientos los que fuísteis forzados a batallar.

—Normala me llevaron a Nordlingen, tras la morquetería de Bernhard de Weimar. Ví allá mucha mortandad —el comerciante en semillas meneaba la cabeza con los párpados cerrados al recordar escenas indeseables —. Suerte que unas fiebres me apartaron de la campaña.

—y yo hubiera tenido que ir con los primeros cuando la saca de Thurn, que hago los cincuenta en San José, si no me escondo por los montes.

—Buen juicio el tuyo. Vi en Nordlingen tanta carnicería que me robó el sueño un año largo.

Un tercer cliente, que estaba apartado, economizando en el descantillar un filete de tasajo, oyó afuera unos estridentes ladridos. Volvió la cara, asomándose a una ventana. Era el perro del molinero. Ladraba con osadía cara a la izquierda del camino, para retroceder inmediatamente en trechos hacia la dirección contraria. Parecía huir de algo.

Entonces el cliente descubrió la horripilante figura acercándose por el sendero.

—Dios me guarde de esta clase de limosneros — se dijo.

Y echó el tasajo al morral, recorriendo con acelerados pasos la distancia que le separaba de la salida trasera, comunicada también con las caballerizas. Al pasar junto a la cocina se despidió someramente de Jana.

—Me propuse entonces no tener hijos jamás —proseguía el gordo— fuera por medios naturales o contranaturales. No tendría valor para criar a un inocente destinado a la sangría y a engordar la bolsa del conde Ottakar. Me hubiera visto a mí mismo culpable, reflejado en los ojos de una criatura encaminada de antemano a tuna muerte cruel.

—A veces se igualan la piedad, la justicia y la falta de coraje.

—Por más que merezca la Reforma...

—Tanto me importan a mí —le cortó el aguador— la Iglesia Católica Romana y la Reforma. Echar gente a la tumba por los pensares es crimen y locura. Podría hacerme desnucar por la disputa de un queso de cabra,

pero jamás moveré un dedo por lo que opinen unos y otros de las estrellas.
Quebraron la calma un relámpago aislado sobre el vecino bosque de hayas, el trueno correspondiente y el repentino sonsonete sordo de una aguarrada. Los dos clientes dirigieron la vista a las ventanas y trasegaron unos cuantos dedos de cerveza.
—Creo que ha pasado un hombre junto a las ventanas.
—Pues no creo. Con esta lluvia, entraría.
—... ¿Y si es un merodeador?
—O un mendigo que se conformará con guarecerse en las caballerizas.
—Dejémosle. Hay que distinguir con ecuanimidad y comedición —de nuevo el comerciante de semillas temía por un precipitado fin de la cálida conversación, y derivaba el discurso de sus palabras como un letrado— el rigor hipócrita y arbitrario de los imperiales papistas del rigor sentido y lógico de los agustianos luteranos.
—No distingo ni media —declaró áspero el enteco—. Lo seco por lo llovido y que no nos compliquen von banderas a los faltos de ambiciones.
—Es que aunque los estragos fueran...
—... pues al cabo, tras tantos horrores sin reparación posible, los papistas franceses, las jordas de Richelieu y Mazarino, ¿no eran esos sus nombres?, se batieron por la Reforma de los principados y contras sus correligionarios, los papistas del imperio.
—Pero...
—Pero nada. De oscuro que fue, el negocio es transparente.
La lluvia arreciaba. Chirriaron entonces los goznes de la puerta frontera entornada.
Apareció un individuo encorvado, un brazo en cabestrillo y arrastrando con el otro un zurrón. Tenía una presencia pavorosa, un rostro monstruoso. Echó hacia atrás su capucha empapada y sus ojos acuosos, bovinos, intranquilizadores, examinaron la estancia detenidamente. Las pausas en el vaivén de su mirada sobre las personas de los dos clientes causaron a éstos desazón. El recién llegado no parecía sentir consciencia de s u repugnante figura, que hizo apartar la vista a los bebedores de cerveza. El advenedizo tenía la barriga hinchada, sobresaliendo de sus caderas estrechas por alguna insana razón. El vacío de los labios enseñaba enteramente su dentadura carcomida y sus encías blanquecinas. El aguador le miró de soslayo y sintió la fugaz impresión de que aquellos dientes descubiertos sonreían tras el examen del confortable mesón.
El intruso se apartó a un rincón al que no legaba la luz de las ventanas Tomó asiento allí. No era un limosnero, pensaron los dos viajeros. Tampoco les había pasado desapercibida la daga oxidada de orín que el abyecto sujeto llevaba al cinto.

* * *

Jana era animosa. En los peores lances, tras un breve período de desánimo y llantinas, se sobre ponía a fuerza de valor, decisión y su sentido común impermeable al desfallecimiento. En parte conservaba por ello una expresión franca y simpática, acorde con sus rasgos juveniles. Sus ilusiones habían sufrido, pero no estaba señalada físicamente por la desilusión ni el sufrimiento. Tenía 31 años, aparentaba cinco o seis menos.
Pero cuando entró con la jarra de cerveza a atender de nuevo al aguador y al comerciante en semillas, palideció y le temblaron las rodillas. La figura horripilante, encogida en la mesa más apartada del aposento, la observaba con ojos parados, cargados de una extraña intensidad sensible en la distancia.
Jana deploró la ausencia de su marido, Jiri. Él hubiera sabido enfrentar aquella angustiosa situación. Cuando ella buscó con la mirada el apoyo o la mediación de sus antiguos clientes, estos fingieron no advertirlo.
—Es... es horrible —susurró Jana a un metro del oído del aguador.
Éste parpadeó, algo nervioso.
—Sólo querrá gastarse las limosnas bajo techo —dijo encogiéndose de hombros.
Jana contuvo su miedo y se acercó al desconocido. Frente a él sintió náuseas, pero se obligó a mirarle cara a cara. La voz rota del forastero le pidió un pichel de cerveza. Sus dedos empujaron sobre la mesa unas monedas. Ella no disponía de una excusa para pedir al extraño que se fuera del mesón. No podía decirle sencillamente que su presencia causaba horror.
Ya en la cocina, después de haber sufrido la visión del forastero por segunda vez, Jana no podía apartarla de su memoria, mientras guisaba una gallina para los clientes conocidos. La piel cenicienta, violácea y cadavérica, pegada a casi todos los huesos descarnados de la cara del extraño. El hueco de la nariz que dejaba ver una repulsiva cicatriz lisa, con dos hoyos verticales como planas fosas nasales de murciélago. La mirada melancólica y húmeda que a veces la parecía humilde, a veces amenazadora, a veces arrogante. El cráneo marcado por extraños surcos, con unos cuantos cabellos ralos. El codo descoyuntado del brazo en cabestrillo. Los antebrazos desnudos bajo las mangas de un jubón reventado y descosido, que mostraban oblicuas rayas blancuzcas, señales de una horrible comezón de sarna. Aquel rostro desfigurado, la dentadura al aire, parecía mitad un capricho monstruoso de la Naturaleza, mitad una calavera dotada de movimientos.

* * *

El aguador cinchaba a su tordo. El comerciante en simientes examinaba con preocupación la erupción del lomo de su mula.
—Han de ser picadas de pulgas que se le han infectado —opinó el aguador, indiferente.
Entró en las caballerizas Jana, cerrando la puerta interior con un pasador. Era presa de gran nerviosismo. Su tez estaba lívida y el pánico y la alarma alteraba y extraviaban la expresión de sus ojos.
—No podéis iros —les rogó a aquellos clientes que conocía desde su infancia—. Ahora no. No podéis dejarme sola.
—Ya pasará más gente —animó el aguador.
—¿Y si no viene nadie?
—Yo tengo que hacer mi trabajo, Jana —mientras alzaba del suelo las lanzas de su carro, el aguador había adoptado un aire de seriedad para excusarse—. Por aquí a nadie le gusta el agua de lluvia.
—Y yo he de estar en Susice antes que anochezca —el gordo rehuía la mirada aterrada de la joven mesonera.
—No me dejéis; por compasión. Esperad a que se vaya. Os convido a toda la cerveza que queráis. O mejor, a licor de cerezas. A una botella entera. Jiri lo comprenderá. Tenemos un licor de cerezas del que dice todo el mundo que...
—No es posible, Jana.
—Yo no puedo perder más horas. Tengo que hacer.
—Pero ese... , ese... hombre...
—Ya ha comido, bebido y reposado. Se marchará ahora que ha escampado.
—... no da impresión de tener intensión de marcharse. Sigue quieto en el fondo del mesón. Cada vez que paso por allí, no me despega la mirada.
—Es inofensivo —razonó el gordo piadoso—. No tiene en todo el cuerpo ni un hueso ni un músculo sano. Le podrías derribar de un sencillo empujón, si prueba a robarte.
—Por favor, por favor —insistió Jana—. Si os vais los dos, me saldré corriendo al bosque. No puedo aguantar quedarme a solas con ese...
—Hazme caso, Jana. Lo mejor que podrías hacer es quedarte en el mesón —le aconsejó el aguador—. Será lo más práctico. En el bosque puede pasar cualquier cosa. Pero quienquiera que sea a buen seguro sabe que a un mesó puede llegar en todo momento gentes de orden.
—Es posible que vea delante alguna casa el caballo de tu marido. Muchas veces le piden que practique de albéitar. En tal caso le pondría al tanto. O que me cruce con los alguaciles del conde de acá a Susice. Si es así, les diré que acudan al mesón, que hay un forastero sospechoso y que les convidarás a ese licor de cerezas.
—Os lo pido por favor. Me conocéis desde niña; tened piedad de mí.
—No exageres, Jana.
La joven se cubrió el rostro con las manos, pues había empezado a sollozar, desconsolada.
—Hazte cargo —añadió el gordo, que quería infundirle optimismo—. Sólo es su fealdad lo que te ha puesto fuera de ti. Una fealdad monstruosa, verdaderamente. Pues no le mires; si ya te ha pagado, no tendrás que ocuparte más de él.

* * *

Jana regresó sigilosamente a la cocina. Sentada en un escabel fijaba los ojos en la tabla de partir carne donde descansaba la cuchilla. Había adivinado en la húmeda mirada del extraño los más bajos deseos. Sentía un horror incontenible por el desfigurado visitante sin labios ni nariz, de brazos aquebrazados. Si el estado de sus nervios se lo hubiera permitido habría ascendido la escalera para recluirse en una de las habitaciones altas hasta que se fuera el desconocido. Pero le preocupaba que éste advirtiera que ella seguía un comportamiento anormal, que le temía. Jana sentía la mirada afilada del monstruoso ser del toro lado de las paredes de piedra de la cocina.
Se levantó, avanzó unos pasos y abrió una rendija de la puerta que daba al salón. Dirigió una rápida mirada hacia la mesa lejana ocupada por el caminante. Ahora estaba vacía. Jana suspiró aliviada. Y en ese momento se oyó en el camino trote de caballos. Quizá fueran los alguaciles. La posadera vacilaba. Finalmente se decidió a cruzar a la carrera el comedor en dirección a la puerta de la fachada. Pero sus nervios hicieron que las abarcas resbalaran por el piso de pizarras. Se puso en pie y alcanzó a salir al camino sólo a tiempo de ver desaparecer a los caballeros por una curva de la vereda.
Iba a volver a entrar cuando le dio un vuelco el corazón: el forastero estaba descendiendo lentamente la escalera. De perfil a la puerta, movía la barbilla hacia abajo como aprobando el piso superior que sin duda acababa de examinar. Y ahora se interponía entre ella y la cocina. Jana retrocedió velozmente afuera. No estaba segura de que él no hubiera descubierto su acción. Dio un rodeo al mesón por la parte de las caballerizas, recogió el destral en el pequeño recinto de la leña y entró por atrás en la cocina.
Menguaba la luz y no se oía ni la marcha del intruso ni la llegada de ningún viajero. Jana pensó que en tres cuartos de hora a buen paso estaría ante la s primeras casas de Vrátky. Pero a Jiri y a ella les había costado enormes esfuerzos y sacrificios sostener el mesón durante todos aquellos ruinosos años. Si abandonaba la casa y el extraño se aprovechaba de ello, tendría un grave disgusto con su marido. Los oídos alertas de la bella posadera anhelaban escuchar cascos de caballos o los pasos del advenedizo perdiéndose hacia la

puerta del camino. Pero cuando escuchó pasos, estos se acercaban a la cocina.
Ella se volvió rápidamente y se ocultó en la alacena. Era un cuarto estrecho con el poco espacio ocupado pro ristras de embutidos y botellas de vino. Jana se agachó en cuchillas; la puerta estaba acristalada en su mitad superior. Su corazón quería escapársele del pecho y ella se mordía los labios, temerosa de que sus agitados latidos la delatasen, y bajó los ojos al suelo. No tenía valor para alzarlos hacia el cristal de la portillera. Su puño temblaba cerrado sobre el mango del destral. Escuchó los pasos del extraño adentrarse hacia el centro de la cocina, rebasar la portillera de la alacena, acercarse a la puerta trasera de la huerta y retornar a la del comedor. El cuerpo de Jana se distendió y ella resbaló a un lado, desmayadas las piernas. Jana era incapaz de coordinar sus pensamientos, de la misma manera en que quienes son víctimas de una aguda angustia, una fuerte conmoción, o de la sumisión a una autoridad rígida o desaprensiva no consiguen articular sus palabras. Por miedo más que por precaución, no se atrevió a salir de su escondite hasta mucho más tarde. Un tiempo incalculable; casi una hora quizás, o una hora y media incluso. La había retenido también la esperanza de que el desconocido se sintiera desatendido y abandonase el mesón. Al ponerse en pie y abrir con tiento la portilla de la alacena, la bella Jana notó sus piernas entumecidas.
Se asomó a la puerta sin distinguir nada. Había oscurecido. Así que se arriesgó a explorar el comedor. Sus abarcas se desplazaban silenciosamente sobre las losas de pizarra. Sólo se podían apreciar los contornos de bancos y mesas, de una negrura más espesa que la circundante. En esta ocasión la ausencia de todo ser viviente alentaba el ánimo de la rubia posadera. Por fin se sentía sola y a salvo. Era ya la hora en que tenía costumbre de encender la chimenea. Luego prendería las velas de los hachones de las paredes. El viento silbaba contra el zaguán y las ventanas. Agachada, Jana empujó con el badil los maderos desparramados, carbonizados y chamuscados, en montón. Tenía que recoger el destral olvidado en la alacena para añadir leña nueva a la chimenea.
Entonces le rozaron por detrás un brazo desnudo unos dedos fríos y por toda la piel de Jana circuló una corriente de hielo. Al volverse en un movimiento reflejo, sacudida por el sobresalto, sólo vio los ojos húmedos brillando en la oscuridad inmóviles, detenidos en ella. Sintió el pecho y el estómago huecos, agolpada toda su sangre en las sienes.
—Pasaré aquí la noche; puedo pagar —por extraño que parezca había más de orden y de disculpa que de sencilla observación en el tono de la voz quebrada.
No supo Jana cómo le convenía reaccionar. Pensaba que si respondía al extraño, la debilidad de la voz que podría arrojar su garganta secada delataría un pánico mortal. Con una mansedumbre obligada por la situación, Jana se limitó a asentir con la cabeza.
—Antes quiero algo de cena. Las migas y encurtidos que hay en el aparador de la cocina... y algo de embutido del que cuelga en ala alacena.
Turbada por aquellas palabras, con un sabor amargo en la garganta provocado por la falta de saliva, Jana cerró y abrió los párpados en señal de asentimiento.
Era más de la medianoche. Aunque el viento golpeaba en las planchas de pizarra del techado y en las contraventanas, el interior del mesón conservaba la temperatura templada conseguida por la cocina de leña y la chimenea. El piso alto, de madera, era menos silencioso que el bajo, donde la piedra guardaba un a quietud sepulcral.
Jana estaba sentada sobre su cama de matrimonio, en el cuarto contigua a la cocina. No se había desvestido. Tenía a mano la cuchilla de la carne, sobre las sábanas. Por fin se recostó, sin apartar la vista e la puerta de la alcoba. Esta carecía del mobiliario pesado que hubiera servido de parapeto. La puerta estaba cancelada por un ligero pasador, un tubo de acero que no podía resistir un empujón aplicado con mediana fuerza. En medio del soplo grave del viento, Jana escuchó unos extraños gruñidos procedentes de arriba. Y enseguida el crujido del entarugado. Miró hacia las vigas del techo de la alcoba. ¿Eran pisadas? Jana asió el mango de la cuchilla. Aunque no hacía frío, su brazo temblaba. Luego se hizo de nuevo el silencio, mientras el viento iba a amainando. Un viento que a veces sonaba como el llanto ahogado de un hombre.
A intervalos el sueño vencía a Jana por agotamiento. Ella cabeceaba hasta que su barbilla daba contra su escote y sentía el golpe tenso del estirón de su nuca. Entonces enderezaba el cuello de nuevo y se retrepaba en los codos dispuesta a no desprenderse de su arma en toda la vela. ¿Cómo pudo llegar hasta ella por sorpresa la horripilante figura? La tenía inmovilizada por las muñecas y la había arrancado la toquilla, desgarrándole el blusón. Destilando una baba amarillenta, la dentadura de clavera le mordisqueaba los pezones desnudos. Jana sentía el repugnante contacto de los miembros esqueléticos comidos de sarna, el peso de la barriga monstruosamente hinchada. Los dientes menudos y afilados como el pico de un pájaro.
Al alba el relente la devolvió a toda su sensibilidad y su consciencia. Jana recogió las piernas bajo los muslos. Volvió a oír sonidos arriba. Y ahora sí. Eran los pasos del extraño que recorrían el corredor. Luego descendían por la escalera. La pesadilla podía transformase en realidad. Cantaban los pájaros en la acebeda lindante. Oyó también las pisadas apagándose en el suelo duro de abajo, cruzando lentamente el comedor. Luego los goznes de la pesada puerta exterior, que siempre rechinaban. Y el seco portazo. EL pavoroso desconocido había salido al zaguán.
Jana estaba al fin libre de su presencia. Sus labios se distendieron y ella sujetó sus sienes con las manos, para hacerse plenamente consciente de la marcha del caminante. Ya había pasado todo. En la mañana nunca faltaban clientes que iban de Susice a Vrátky, o al contrario. Y al mediodía o a primera hora de la tarde estaría de nuevo en casa Jiri. Jana se dejó caer hacia atrás, entregada a las convulsiones de una risa

histérica. Aunque tendría grabada en la memoria por unas cuantas semanas aquella visita indeseable, Jana se sintió transportada por un embate de felicidad. Pero si hubiera dirigido en aquel momento su rostro hacia la ventana de la huerta, habría recibido un susto de muerte.

Porque allí, tras el cristal, la cara horripilante del extraño estaba paralizada en su contemplación. Enmarcada por el rostro desfigurado, era una mirada triste e intensa. El visitante era muy consciente de que miraba a Jana por última vez. Así lo había decidido al encontrarse a cientos de leguas en tal estado de deterioro físico, irremediable. El no volvería a ver más sus ojos verdes e ingenuos, sus carrillos llenos, su cabellera dorada, sus labios amables, su cuerpo esbelto armoniosamente culminado de curvas. Ella nunca podría saber que el extremo de fealdad al que había desembocado Hannes en su penosa trayectoria por tantos países lejanos y tantos campos de batalla le había valido al menos para proteger uno de sus sentimientos más íntimos. El de la vergüenza de ser identificado por su antigua novia, su querida Jana. Y añadir al impersonal horror visual, inevitable, otro horror más profundo. Pero Hannes se sabía irreconocible. Estaba enterado desde diez leguas antes de llegar a Vrátky que Jana estaba ahora casada con el hijo del mesonero y era feliz. La información le confortó, disipando sus temores. A lo que no hubiera podido resignarse era a despedir la vida sin volver a verla de nuevo.

Por dos horas Hannes permaneció a escusañas, aterido, oculto en las ramas blancas y rojizas de una haya convenientemente alta. Como tantas veces durante todos aquellos años de desgracia, se le representaban escenas del tiempo anterior al verano en que fue reclutado para la guerra, sin cumplir la veintena. Escenas felices de su amor con Jana, reproducidas en el recuerdo con una intensidad que sorteaba el curso de trece años y borraba la distancia presente. Y Jana era la misma que a los dieciocho años.

Hannes era ajeno al trino de los pájaros, a los animales que triscaban abajo la hojarasca. Veía con indiferencia cruzar por el sendero a tipos desconocidos y personas a las que no buscaba.

Hasta que al fin distinguió entre las ramas el emblema condal en el ropaje del espolique, a unos cincuenta metros.

Había gran cantidad de setas en las manchas de musgo. El niño llenaba sin dificultad su escriña. Entonces oyó un revoloteo y vio con asombro cómo una rapaz tropezaba a ciegas con los troncos de las hayas. No se sabrá por qué atacó al halcón encapuchado con su vara. El ave cazadora, ciega y atontada por los golpes recibidos en su vuelo, estaba indefensa. Aleteaba en la mayor desorientación. El niño le partió un ala y la persiguió a la carrera, descargando la vara con puntería. El halcón se arrastró sobre un ala, dejando un reguero de plumas sanguinolentas, hasta hincar el pico al recibir el golpe de vara en lo alto de la capucha. Cayó tumbado de lado, tras un estertor, con una pata tiesa y otra encogida, mientras el niño le reventaba el blanco buche palpitante a vergajazos.

El niño recogió la cesta de setas. Entonces oyó al caballo piafar y mordiscar los hayucos colgantes. Se acercó y sus ojos se abrieron como lunas. El mozo del conde yacía boca abajo. Descubrió a pocos metros, ya preparado para cualquier escena, el bulto del cuerpo exangüe del caballero. Este tenía la garganta abierta, los globos de los ojos salientes, cubierto el pecho de sangre, y el puño oxidado de una daga sobresalía de su corazón. Entonces el niño advirtió la presencia del repulsivo ser que había visto el día anterior. Ahora empuñaba una soga. La escriña de setas cayó rodando por la hierba y el muchacho huyó despavorido. Su terror no tuvo límites cuando el ogro que echó a correr tras él le alcanzó. No podía soltarse de la garra de aquel monstruo.

—¿Por qué me huyes? No tienes que tener miedo de mí. ¿Para qué iba a hacerte daño? Al espolique sólo le he dado un golpe en la cabeza, pronto volverá en sí. Yo sólo soy un hombre que he venido a despedirme de esta tierra. No tengo razones para vivir.

El niño temblaba al escucharle.

—Voy a colgarme. Pero di a todos que al tirano le degolló Karel de Susice, hijo de Regina y de Zdnek, que volvió vivo de la guerra.

Con esta declaración falsa, Hannes impedía para siempre que Jana se enterara de que el abyecto visitante, que luego encontrarían ahorcado, fue su primer novio, su Hannes. Y daba una revancha póstuma a su amigo Karel, que había jurado matar al conde antes de sufrir una muerte horrible en la segunda batalla de Nordlingen.

Hannes vio desaparecer al niño corriendo con su cesta de setas vacía. EL muchacho llegó a salir del hayedo a la acebeda. Pero luego un impulso morboso le empujó a desandar lo recorrido. Y escondido entre los troncos blancos espió al horrible viajero. Este, en el filo de una pequeña hondonada, se pasaba el nudo de la soga por la garganta. Y luego lanzó hacia arriba, hasta que dobló por cima de una gruesa rama, el cabo de la cuerda.